

Gracias a los panelistas, a los representantes de los Estados Miembros y a los defensores y defensoras de los derechos humanos reunidos hoy aquí.

Hace trece años hablé por primera vez en esta cámara. Desde entonces, me he presentado ante ustedes en numerosas ocasiones, instando a líderes políticos a actuar en favor de las niñas de todo el mundo.

Durante mucho tiempo, creí que mi voz podía marcar la diferencia, que las cosas podrían cambiar. Pero hoy me encuentro aquí de pie, descorazonada. Nunca antes había visto a tantos niños y niñas sufriendo por la guerra y la violencia, heridos y muriendo a manos de líderes que no se responsabilizan de sus actos.

Estoy devastada por las familias en Irán cuyas hijas se fueron a la escuela y no regresaron a casa.

Por los padres y madres de Gaza, que enterraron a sus hijos bajo los escombros de las aulas.

Por las niñas afganas que, durante casi cinco años, han vivido y continúan viviendo bajo el brutal régimen talibán.

Esta semana, vais a escuchar mucho eso de "acceso a la justicia".

Pero la verdadera justicia no defiende la humanidad de los niños y niñas en un lugar y la ignora en otro. No se aplica de forma selectiva. No afirma que nuestros derechos dependan de dónde nacimos, ni de lo que es políticamente correcto para las personas presentes en esta sala.

Según el derecho internacional, matar a niños y niñas en sus aulas constituye un crimen de guerra. Cuando los civiles se ven privados de alimentos, agua, medicamentos y refugio, la ley obliga a los Estados a actuar.

Al observar el mundo a nuestro alrededor, debemos preguntarnos por qué la justicia es un privilegio que se concede a algunos y se niega a otros; por qué no es lo suficientemente amplia como para llegar a las niñas de Minab, Jabalia o Kandahar.

A nivel mundial, estamos presenciando una reacción violenta contra los derechos de las mujeres, derechos que hemos tardado generaciones en conseguir. En ningún lugar es esto más evidente que en Afganistán.

Desde que los talibanes tomaron el control del país en 2021, han controlado los tribunales, la policía y las instituciones públicas. Y han utilizado este poder para abusar de mujeres y niñas.

Las niñas y jóvenes no pueden ir a la escuela secundaria ni a la universidad. Las mujeres no pueden ir a trabajar, salir de casa sin un acompañante masculino, ni siquiera hablar en público. La lista es interminable: nada de deportes, nada de esmalte de uñas, nada de cantar, ni recitar poesía. Las mujeres y las niñas no pueden ser atendidas por un médico varón ni se les permite formarse para ser médicas. Hoy en día, en Afganistán, es legal que un hombre golpee a su esposa o a su hija.

Hace poco hablé por teléfono con una chica afgana: 'cuando voy a mi habitación y leo un libro', me dijo, 'siento que estoy desafiando a los talibanes'. Es una de las millones de personas para quienes el simple hecho de existir se ha convertido en un acto de valentía.

Durante casi cinco años, los talibanes han estado borrando a las mujeres y las niñas de la vida pública. Y el mundo ha respondido haciendo la vista gorda. O excusando estos abusos bajo el lema de la "cultura" y la "religión".

Esto no es cultura. No es religión. Es un sistema de segregación y dominación.

Debemos llamar al régimen de Afganistán por su verdadero nombre: apartheid de género.

Y debemos reconocerlo explícitamente como un delito según el derecho internacional.

Al codificar el apartheid de género, podemos proteger a las mujeres y niñas y evitar que estas atrocidades se repitan en la siguiente generación.

No basta con lamentar el sufrimiento de otros; debemos pasar de la compasión a la exigencia de responsabilidades.

Las mujeres afganas no piden una intervención militar. No piden ser salvadas. Piden reconocimiento legal para que pueda comenzar la larga labor de justicia.

Por lo tanto, pregunto a los Estados Miembros en esta sala: ¿Hasta cuándo permitirán que la ley permanezca inmóvil mientras la injusticia avanza?

Hace trece años, creía que hablar en esta cámara sería suficiente.

Hoy sé que los discursos no protegen a las niñas.

Pero la ley, la responsabilidad y la valentía política sí pueden.

Tienen las tres cosas a su alcance. Ahora es el momento de usarlas.